

LAS SIRENAS NOS VISITAN

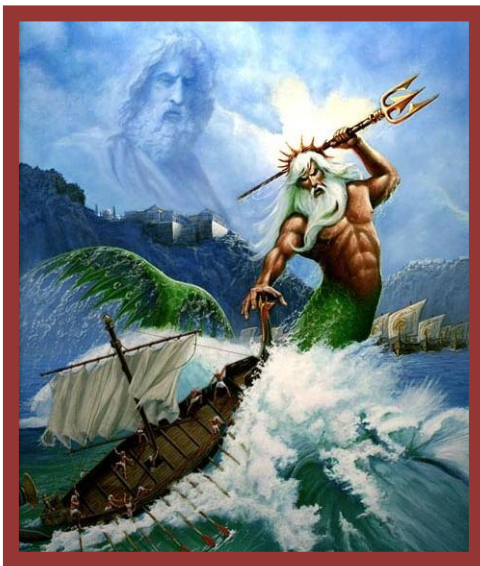


En mitad justo del mar, el agua es azul como las hojas del más bello anciano y tan trasparente como el más puro cristal; pero es muy profundo, más profundo de lo que pueda alcanzar la más larga cadena de ancla; podrían ponerse muchos campanarios, unos encima de otros, para llegar desde el fondo hasta la superficie del agua. Allí abajo vive el pueblo del mar.



Pero no penséis que allí no hay más que un desnudo fondo de arena. No, allí crecen árboles y plantas prodigiosas, con hojas y tallos tan flexibles que al menor movimiento del agua se giran como

estuvieran vivos, los peces, grandes y pequeños, se deslizan por entre las ramas igual que los pájaros por el aire. En lo más hondo está el castillo del rey del mar, sus muros de coral y sus largas ventanas apuntadas con del ámbar mas transparente, y el techo está construido con conchas, que se abren y cierran con los movimientos del agua. Es preciso, pues cada una tiene una brillante perla que sería el más preciado adorno de la corona de una reina.



El rey del mar era viudo desde hacía muchos años, pero su anciana madre llevaba la casa. Era una mujer muy lista, pero muy orgullosa de su nobleza, y llevaba de doce ostras en la cola, mientras que los demás sólo podían llevar seis. Por lo demás, sólo se pueden decir de ella cosas buenas, sobre todo porque quería mucho a las princesitas de mar, sus nietas. Eran seis niñas preciosas, aunque la más joven era la más bella de todas: su piel era tan suave y delicada como un pétalo de rosa, sus ojos tan azules como el mar profundo, pero, como las demás, no tenía piernas; su cuerpo terminaba en una cola de pez. [...]

La anciana abuela contaba muchísimas cosas sobre barcos y ciudades, hombres y animales, y sobre todo le encantaba que allá arriba en la tierra las flores olieran, pues aquello no sucedía en el fondo del mar, y que los bosques fueran verdes y que los peces que se veían entre las ramas allá arriba cantaran bellas melodías. Eran los pajaritos, que la abuela llamaba peces porque de otro modo no la habrían podido entender, pues nunca habían visto un pájaro.

-Cuando cumpláis quince años –dijo la abuela- se os permitirá subir a la superficie del mar, sentaros a la luz de la luna en los arrecifes y ver los grandes barcos que pasan por delante de los bosques y los cuidados que hay allí. [...]

La mayor de las princesas cumplió quince años y la autorización a subir a la superficie del mar.

Cuando volvió tenía cientos de cosas que contar, pero lo más hermoso, según dijo, fue tumbarse a la luz de la luna en un banco de arena en medio del mar tranquilo, muy cerca de la costa,

y ver la gran ciudad, donde brillaban luces como centenares de estrellas; oyó la música y el ruido y el alboroto de los carruajes y las personas, vio numerosos campanarios y torres de las iglesias y escuchó el tañer de las campanas. Precisamente porque no podía acercarse, todo aquello la había atraído aún más.

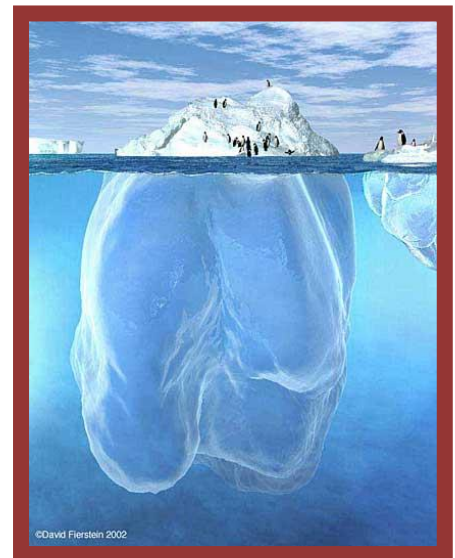


Al año siguiente subió la tercera de las hermanas: era la más atrevida de todas, y entró nadando por ancho río que desembocaban en el mar. Vio preciosas colinas verdes con viñedos, palacios y granjas que asomaban entre los majestuosos bosques. Oyó cantar a los pájaros, y el sol brillaba tan caliente que hubo de zambullirse muy dentro del agua para refrescar su rostro ardiente. Era una pequeña ensenada encontró un tropel de niños humanos. Completamente desnudos, corrían y chapoteaban en el agua. Quiso jugar con ellos, pero huyeron despavoridos; llegó un animalito negro (era un perro, pero ella no había visto

nunca un perro). Le ladró de tal forma que sintió pánico y escapó hacia mar abierto, pero jamás podría olvidar los majestuosos bosques, las verdes colinas y los precisos niños que nadaban en el agua sin tener c ola de pez.

La cuarta de las hermanas no era tan atrevida, se quedó en alta mar y contó que allí todo será precioso; se podía ver a muchas millas de distancia, y el cielo semejaba una gran campana de cristal. Había visto barcos, pero muy lejos parecían gaviotas; los graciosos delfines iban dando volteretas y las grandes ballenas echaban el agua por la nariz; era como si hubiera centenares de surtidores por todas partes.

Le llegó su turno a la quinta hermana. El día de su cumpleaños caía en pleno invierno, y pudo ver lo que las otras no habían visto. El mar tenía un color muy verde y por todas partes nadaban los grandes icebergs, que parecían perlas, contaba ella, pero eran mucho más grandes que los campanarios que construían los humanos. Adoptaban las formas más extrañas y relucían como diamantes. Se había sentado en uno de los más grandes, y todos los veleros evitaban asustados el lugar en que ella estaba con su cabello arremolinándose al viento. Y por la noche el cielo se encapotó, hubo rayos y truenos mientras el negro mar alzaba a los grandes bloques de hielo a gran altura y los hacía brillar con los violentos relámpagos. Todos los barcos arriaron las velas, había pánico y terror, pero ella siguió sentada tranquilamente en su iceberg flotante, viendo cómo los azules rayos caían zigzagueantes sobre el ar resplandeciente.



La primera vez que una de las hermanas recibía permiso para subir a la superficie quedaba encantadas de las cosas nuevas y bellas que podía ver, pero ahora que ya eran mayores y podían subir siempre que quisieran, se mostraban indiferentes; preferían volver a casa, y al cabo de un mes decían que su casa era lo más bonito de todo y que en casas se estaba estupendamente.



H. Ch. Andersen, La sirenita.